

# Exaltar la vida

*Ramón Castillo*

SE ADIVINABA PERFECTA, DESLUMBRANTE Y ENCEGUECEDORA la brillante carrera del joven pianista. Los honores y reconocimientos sugerían un ascenso sin escalas hacia la punta más alta de la distinción musical. Al pasar el tiempo, la voluntad de los dioses determinó que así sucedieran las cosas, excepto por una ligera y dolorosa salvedad: el imberbe genio tenía que tropezar de frente con el fracaso como condición necesaria para replantearse su vida toda.

Según la usanza de la vieja aristocracia rusa, se daba por hecho que las primeras lecciones de piano se recibieran en el tibio calor del hogar; por lo regular la madre o el padre eran los encargados de inculcar en sus vástagos la comezón de las fusas, semifusas y corcheas. Algunos, la mayoría, superaban el tránsito de tales enseñanzas de la misma forma como se olvida un prurito ligero, no otra cosa más que una superficial marca. Los menos, en cambio, eran los que padecerían el escozor de por vida. Así pues, fue mediante la matriarca, Petrovna Butakova, como a Sergei le fueron presentadas las ochenta y ocho teclas que darían sentido a su existencia, ese particular hormigueo que, durante setenta años, recorrería su fisonomía transmitiendo mediante sus dedos sutiles tempestades.

La historia del gran fracaso de Rachmaninov es una

Serge Rachmaninov. (Fotografía de Popperfoto/  
Getty Images)



desgarradora muestra del atribulado espíritu ruso. Pero todavía más, es la revelación palpable de que una vida carente de fallos no sólo no es posible sino que, en caso de que existiera, sería indigna de ser vivida. Para el año 1891, cuando contaba dieciocho años, la prometedora carrera

de Sergei Vasilievich Rachmaninov comenzaba a tomar forma en expresiones diversas. Sus dotes técnicas eran notables además de presumir ciertas aptitudes genéticas que le otorgaban ventajas sobre el común de los mortales; dicen que cada una de sus manos cubría un territorio de doce teclas; de igual forma, destacaba por su gusto hacia la composición, su *Concierto para piano y orquesta N°1* se unía a algunas piezas que insinuaban ya habilidades destacadas. Es posible imaginarse las enormes, delgadas manos de aquel todavía adolescente que había llamado la atención de Tchaikovsky y que ya contaba en su haber el montaje de una ópera de un solo acto en el Teatro Bolshoi, meditabundo, serio, de rostro juvenil pero ya imbuido de una cierta melancolía y la certeza de un brillante futuro.

Sin embargo, el éxito absoluto suele ser un mal augurio, un peldaño altísimo desde el cual no se mide con exactitud la distancia que media entre la cima y el piso, entre el parnaso y el común de los mortales. Cuando todo parecía anunciar un rotundo éxito se deshicieron las alas de Ícaro por la inoportuna aparición de Alexander Glazunov. Cuenta la leyenda, que el director cuya encomienda era estrenar la primera sinfonía de Rachmaninov era un dipsómano irredento. Algunas anécdotas lo dibujan como un borrachín que incluso en clases, siendo él el profesor, gustaba de empinar el codo. No se tiene una certeza absoluta y tampoco nunca se tendrá sobre el supuesto estado etílico de Glazunov durante la interpretación de la *Sinfonía N°1 en Re menor, Op. 13*. Lo que sí se tiene bien documentado es que esa noche un ángel cayó de forma estrepitosa del cielo a la tierra haciéndose pedazos en la caída su robusto y delicado ego.

Narraciones diversas apuntan a que Sergei Rachmaninov no padeció de inmediato el descalabro o, al menos, no lo pudo digerir del todo. Había recibido el golpe pero todavía no se daba cuenta de lo que había sucedido. Las críticas fueron negativas. El espíritu de la época exigía



Sergei Rachmaninov (Fotografía de Popperfoto/Getty Images)

formas musicales distintas, más cercanas al canon de Rimsky-Kórsavov, y pese a la buena voluntad de algunos críticos que prefirieron no mostrarse demasiado sanguinarios, el recibimiento participó de un mismo, lamentable, penoso sentimiento: la obra era un fallo, un error, una desafortunada pieza que insultaba a la pléyade musical rusa.

Paulatinamente, Sergei procesó todo aquello y pudo, por fin, darse cuenta de lo ocurrido. El resultado es uno de esos últimos momentos románticos en la historia de la música de concierto, es el pasaje pendular de la brillante promesa a la triste opacidad de lo real. Rachmaninov, humillado y ofendido, se consagró por un tiempo a la dirección de orquesta, pues tras la traumatizante presentación de su *Sinfonía N°1*, la única salida que consideró digna fue renunciar a la composición. El mutismo era la forma de llevar su vergüenza.

Coincidencia o no, en aquel 1897, Felix Hoffman sintetizó el ácido acetilsalicílico, la famosa aspirina, elemento, se adivina, indispensable para paliar las mortificaciones del genio venido a menos durante aquellos años de abatimiento. Si bien Rachmaninov pudo dedicarse a dirigir prestigias orquestas europeas, además de hacerlo con éxito generalizado, la humillación anidaba y crecía e infectaba su interior como un cáncer que lo carcomía, cáncer que, en efecto, lo mataría en tierras norteamericanas años después.

La gravedad y lo sombrío, virtudes del alma rusa, eran parte inherente del compositor; baste observar que en la mencionada sinfonía, la primera indicación en la partitura es la palabra *grave* para indicar su carácter solemne, lento, y de ahí brincar a un expresivo *allegro ma non troppo*, así podemos tener un esbozo del hombre mediante su obra. La euforia de Rachmaninov no está familiarizada con lo ligero, parece accesible y transparente pero, por el contrario, su carácter es denso, enérgico y volátil, tanto como un trago de vodka en una mañana fría.

Rachmaninov era un espíritu contenido en el pentagrama; no obstante, recorría con electricidad las teclas

y cuerpo de su instrumento musical para incendiar y conmover a sus escuchas. La derrota significó para sus notas una afonía de tres años en los que la depresión se fortaleció con una barrera creativa. Sin ser literato, Sergei padecía un bloqueo de escritor; siendo músico, el silencio nunca había sido tan elocuente en su vida.

Nicolái Dahl apareció en el camino del músico para sacarlo de su atolladero mental y anímico. Mediante la hipnosis y una terapia llamada autosugestión, el Dr. Dahl ayudó a que el autor de la *Rapsodia sobre un tema de Paganini* comenzara a superar sus dificultades y escribiera de nuevo. Rachmaninov tuvo que aprender, más allá de sus programaciones mentales, que el fracaso no es una sombra que acecha nuestros empeños, no, el fracaso es otra cosa más profunda, quizá el lado verdadero de las cosas, el verdadero centro de gravedad de nuestros movimientos.

Rachmaninov, suponemos, no superó el traspie mediante una cura a la manera de quien ve su pasado con desdén y soberbia; su camino fue distinto puesto que abrazó el fracaso como el núcleo íntimo desde donde se alimentaría; para él, su caída fue una potencia que animaba desde adentro toda empresa.

Allende tales flagelos, se puede suponer que bajo su ego lacerado, Sergei descubrió una veta mucho más íntima y potente en la conciliación entre fracaso y vida. El compositor encontró la intensidad originaria del que muere si no escribe. Murió en vida y supo que sólo desde ahí podía emerger de nuevo, el regreso era posible únicamente mediante la inmólación, mediante un proceso de temperancia con su lado más oscuro, con el despeñadero que lo sostenía.

Sí, el revés fue inmisericorde, pero más allá de todo eso quedó de frente a un reducto salvaje, indomeñable que en sus enormes manos sólo podía encontrar consistencia en acordes neuróticamente bellos, complejos y atribulados.

El famoso, perfecto y superlativo *Concierto N°2 para piano y orquesta en Do menor Op. 18*, estrenado el 27 de octubre de 1901, habla desde la síntesis espiritual,

sensible y desgarrada de quien no tiene otra cosa más que escribir, que el fracaso más grande es no hacerlo y, en todo caso, fallar no es mayor cosa ante la responsabilidad de echar chispas a través del piano. Las campanas rusas estremecen al oyente desde los primeros acordes. Es la evocación de un tiempo perdido del autor, es el eco de los cantos de la Iglesia ortodoxa rusa, es el espíritu mortificado de Raskolnikov al ver a la usurera con el cráneo despedazado frente a él, pero también, quizá, las campanas que reciben a Chéjov cuando, como cuenta Carver en *Tres rosas amarillas*, muere plácidamente tras haber probado su última copa de champagne. Los primeros compases sugieren misterios inenarrables, aluden a la vida y la muerte, a un gesto que no atinamos a describir, a un estado de placidez, a un recuerdo ya muy lejano. El piano es entonces una revelación.

Sergei Rachmaninov encontró de nuevo el camino como sólo un romántico podía lograrlo, mediante la exaltación absoluta del sentimiento. Sus piezas son diáfanos laberintos auditivos que trasladan al viajero al arrebato absoluto de la potencia vital, sea ésta jubilosa o affigida, la complejidad de la existencia se cristaliza en partituras que intimidan a los conocedores con la misma intensidad que impresionan a los neófitos, bien podríamos asumir que esas páginas llenas de voluminosos compases son la traducción musicalizada de la necesidad de asumir el fracaso.

Hay que apostararlo todo, hay que poner en peligro la fama, el equilibrio mental, la vida misma con el fin de alcanzar el naufragio soñado, el hundimiento total que otorgue dignidad al penoso trance de escribir. La única vía es la de los sentidos alterados, no de forma artificial como sugerían los bohemios parisinos, sino mediante los sentidos mismos. Qué droga más potente, qué voluntad más desesperada que aquella que se trastoca a sí misma en un afán de manifestarse.

La euforia vital que Rachmaninov transmite es vehemente pero positiva, es conmovedora y sutil, jamás condescendiente, dolorosa pero celebratoria, es *amor fati*, danza de gitanos y el lamento de su patria, pero sobre todo, la música de este compositor ruso es un vehículo para el sentimiento, para la expresión de algo más potente e inasible que la racionalidad entronizada. Él bien observaba que la música, pero también muchas otras cosas de su tiempo, pretendían salir de la cabeza y no del corazón, su lamento, fiel al instinto de las estepas, era que ya no se buscaba exaltar la magnificencia de lo inconmensurable. ▀